

deseaba Napoleón que concurriesen los rusos. La división Friant estaba en Gros-Raigern, es decir, legua y media más atrás.

Napoleón tenía diez divisiones de infantería, pero no enseñó sino seis en línea. Puso en reserva detrás de los mariscales Lannes y Soult los granaderos de Oudinot, apartados esta vez del cuerpo de Lannes, el cuerpo de Bernadotte, compuesto de las divisiones Drouet y Rivaud; en fin, la guardia imperial, guardando así a la mano una masa de veinticinco mil hombres, con la cual se proponía acudir adonde más necesaria pareciese su presencia, y particularmente á la cuesta de Prätzen, que estaba resuelto á ocupar, costara lo que costara, siempre que los rusos no llegaran á abandonarla enteramente. En el centro de esa misma reserva pasó Napoleón la noche.

Tomadas todas esas disposiciones, ya no pensó sino en hacer partícipes á sus soldados de la confianza que en sí mismo sentía, manifestándosela por medio de una proclama en que lucía la gravedad de los acontecimientos que iban á cumplirse. He aquí el texto de ella, tal como se le leyó á los cuerpos en la noche misma que precedió á la batalla.

«SOLDADOS:

»A vuestro frente tenéis el ejército ruso que viene á vengar la derrota del austriaco en Ulm. Son esos mismos batallones que ya arrollasteis en Hollabrun, corriéndolos después hasta aquí.

»Las posiciones que nosotros ocupamos son formidables, y entretanto que ellos marchen para acorralar mi derecha, ya me ofrecerán su flanco.

»Soldados, yo mismo en persona dirigiré vuestros batallones. Me veréis lejos del peligro si con vuestro acostumbrado arrojo introdujeseis el desorden y la confusión en las filas enemigas; mas si un instante llegase á parecerme incierta la victoria, allí donde más se arriesgue correrá vuestro emperador á exponer su vida, porque nunca el triunfo debe mantenerse dudoso, y menos en este día en que se trata del honor de la infantería francesa, en el cual se apoya el honor de toda la nación.

»Que nadie salga de las filas bajo el pretexto de apartar á los heridos, y que un solo pensamiento domine á todo el mundo, el que se hace forzoso vencer á esos hombres pagados por la Inglaterra y que aborrecen á nuestra nación.

»Esta victoria pondrá fin á la campaña, y nos permitirá entrar en nuestros cuarteles de invierno, adonde vendrán á buscarnos las nuevas tropas que la Francia está formando. Entonces ajustaré yo una paz digna de mi pueblo, digna de vosotros y de mí mismo.—NAPOLEÓN.»

En aquel mismo día había llegado al cuartel general Mr. de Haugwitz, que fué recibido con mucha afabilidad, y correspondió á ella con lisonjas que descubrían cada vez más la falacia de la corte de Prusia. Comprendió por lo mismo Napoleón que nunca le fuera tan necesaria una victoria asombrosa como entonces, y dijo al enviado prusiano: «Para mañana está señalado el combate; nos volveremos á ver después si acaso no me hace pedazos una bomba, y entonces tendrá un tiempo para

entenderse con la corte de Berlín.» Invitóle en seguida á que en aquella misma noche saliese para Viena, dirigiéndole á Mr. de Talleyrand y haciendo de intento que se le pasase por medio del campo de batalla de Hollabrun, que ofrecía una perspectiva horrenda. «Importa, decía Napoleón escribiendo á Talleyrand, importa que ese prusiano vea por sus mismos ojos el modo con que nosotros guerreamos.»

Napoleón se mantuvo en su vivac entreteniéndose con sus mariscales casi hasta media noche, en cuya hora dispuso ir á visitar á sus soldados para ver por sí mismo cuál fuera su disposición moral. Era la noche del 1.º de diciembre, víspera del aniversario de su coronación, y por tanto singular coincidencia de una fecha que Napoleón no había buscado, pues no era él quien ofrecía la batalla, sino quien tenía de recibirla. Hacía un frío y una obscuridad terribles. Los primeros soldados que llegaron á conocerle, cayendo en la idea de alumbrarle para que viese por donde iba, recogieron corriendo una porción de manojos de la paja de sus vivaques, formando con ellos unos como hachones, los encendieron y los ataron á la boca de sus fusiles. En un instante imitó ese mismo ejemplo todo el campo, presentando en la vasta línea de nuestras posiciones una iluminación singular. Seguían los soldados á su caudillo gritando por todas partes *¡viva el emperador!*... y prometiéndole de paso que se mostrarían en la mañana siguiente dignos de él y dignos de sí mismos. Reinaba en todas las filas un entusiasmo loco, dando muestras de que se hacía frente al peligro como conviene hacerlo, esto es, con contento y con plena confianza.

Napoleón se retiró á fin de que sus tropas pudiesen entregarse al reposo, y fué á esperar en su tienda la venida de la aurora de un día que había de ser uno de los más memorables de su vida y de los más grandes de la historia.

Esa iluminación, esas aclamaciones con que nuestras tropas saludaron á su jefe, clara y distintamente llegaron á las elevadas posiciones que ocupaba el ejército ruso, y fueron para un corto número de los oficiales juiciosos de este acampamento la muestra de un siniestro presentimiento. «¿Podría ostentarse así, se preguntaban ellos á sí mismos, un ejército desalentado y que va en retirada?»

Hallábanse entretanto los jefes de los diferentes cuerpos rusos todos reunidos en el alojamiento del general Kutusof en la aldea de Kreznowitz, donde se les comunicaban las instrucciones con que se habían de gobernar á la mañana siguiente. El anciano Kutusof daba curso á un sueño muy profundo, mientras que el general Weiróther, después de haber extendido una carta topográfica del país para que pudieran estudiarla los que le escucharan, leía con énfasis una memoria en la cual se desenvolvía todo el plan de la batalla (1), plan

(1) Creemos importante citar aquí un pasaje de las memorias manuscritas del general Langerón, testigo ocular, pues que mandaba uno de los cuerpos del ejército ruso.

He aquí cómo se explica ese oficial:

«Se ha visto que el 19 de noviembre (1.º de diciembre) á las diez de la noche fué cuando llegaron nuestras columnas al punto que tenían destinado.

»Serían las once de esa misma noche cuando todos los jefes de esas columnas, excepto el príncipe Bagración, que estaba muy lejos de allí, recibieron la orden de acudir á Kreznowitz, al alja-

de que ya hablamos al notar las disposiciones tomadas por Napoleón. La derecha de los rusos, mandada por el general Bagración, daba su frente á nuestra izquierda y debía avanzar contra Lannes por los dos lados de la calzada de Olmutz, arrebatarlos el *Santón* y marchar directamente á Brun. La caballería, reunida en una sola masa entre el cuerpo de Bagración y el centro del ejército ruso, había de ocupar la misma llanada en que Napoleón tenía puesto á Murat, uniendo así la izquierda de los rusos con su centro. El grueso del ejército, compuesto de cuatro columnas á las órdenes de Doctorow, Langerón, Pribyschewski y Kollowrath, y que ocupaba entonces las cuestas de Prätzen, debía descender de aquella posición, atravesar el riachuelo pantanoso de que ya hemos hablado, tomar Telnitz, Sokolnitz y Kobelnitz, pasar á espaldas del ala derecha de los franceses y adelantarse hasta coger el camino de Viena. El punto señalado para la reunión de todos esos cuerpos fué Brun. El archiduque Constantino con la guardia rusa, compuesta de nueve á diez mil hombres, debía salir de Austerlitz al amanecer, yendo á ponerse de reserva tras el centro del ejército combinado.

Cuando el general Weiróther hubo concluido la lectura de sus disposiciones en presencia de los jefes de los cuerpos rusos, no habiendo entre todos ellos sino es uno que prestara atención (el general Doctorow) y otro predispuesto á replicarle (el general Langerón), tuvo

miento del general Kutusof, para oír la lectura de las disposiciones para la batalla del día siguiente.

»A la una de la mañana, hora en que todos estábamos ya reunidos, llegó el general Weiróther, que comenzó por extender sobre una mesa muy grande una inmensa carta muy exacta con la descripción de los contornos de Brun y de Austerlitz, y nos leyó en seguida sus disposiciones de un modo tan entonado y con jactancia tanta, que, sobre declarar un íntimo convencimiento de su mérito, acusaba también nuestra ineptitud. Era el retrato vivo de un catedrático explicando los puntos de la lección á sus alumnos. Y quizá no fuéramos en efecto sino unos pobres colegiales, pero eso no quita para que él estuviese muy distante de parecer buen profesor. Kutusof, sentado y casi dormido cuando entramos en su alojamiento, acabó por dormirse enteramente, y en tal estado quedó hasta que nos retiramos. Buxhoevden se mantenía en pie, escuchaba con mucha atención, pero no comprendía jota; Milorodovich no hablaba una palabra; Pribyschewski estaba detrás del corro, y Doctorow era el único que examinaba atentamente la carta. Cuando Weiróther hubo acabado su oración, yo fuí el único que tomé la palabra, diciéndole: «Mi general, todo eso es muy bueno; mas si los enemigos nos ganan por la mano y vienen acometiéndonos á las inmediaciones de Prätzen, ¿qué debemos hacer?... No se ha previsto semejante caso, me respondió; sobrado os consta cuánta es la audacia de Bonaparte, y si él hubiese podido atacarnos, hoy mismo lo hubiera hecho. — ¿Le creéis con pocas fuerzas? — Gracias si cuenta con cuarenta mil hombres — En tal caso busca su propia ruina con esperar á que le ataquemos nosotros; pero le tengo por demasiado hábil para que rayara en imprudente, porque si, como lo pretendéis y lo creéis, llegásemos á cortar el camino de Viena, por ningún otro puede retirarse sino por los montes de la Bohemia: yo le supongo por mi parte otro proyecto. Ya tiene apagadas todas sus hogueras, en su campo suena un ruido grandísimo... — Eso quiere decir que se retira ó que cambia de posición, y aun suponiendo que vaya á ocupar la de Turas, lo que hace con eso es aligerar en muy mucho nuestra tarea, y las disposiciones quedan de todos modos las mismas.»

»En esto estábamos cuando se despertó Kutusof, y nos despidió ordenándonos que le dejásemos un ayudante para copiar las disposiciones que el teniente coronel Toll, del estado mayor, iba á traducir del alemán en ruso. Serían entonces las tres de la mañana, y las copias de esas famosas disposiciones no llegaron á nuestras manos hasta las ocho cuando ya íbamos marchando »

(N. del A.)

por fin que responder á ciertas objeciones con que le acometió este último jefe. Era Langerón un emigrado francés en armas contra su patria, criticón consumado y buen oficial, y salió preguntando al general Weiróther si creía que todo ocurriría tal y como él había sentado en el papel; pero añadiendo que por su parte se sentía muy dispuesto á no admitir semejante presunción. Weiróther no quiso apartarse un solo instante de la idea dominante entonces en todo el estado mayor ruso, esto es, que Napoleón se iba retirando, y que por lo mismo las instrucciones no podían ser más excelentes; pero Kutusof puso fin á esa contienda despidiendo á los jefes para que se retiraran á sus respectivos puestos, y ordenando que se le entregara á cada uno de ellos la correspondiente copia del plan. Ese experimentado general sabía perfectamente lo que debía prometerse de esa manera de concebir y de ordenar un plan de batalla, y sin embargo dejaba obrar, aunque todo ello se hacía bajo su nombre.

A las cuatro de la mañana ya estaba Napoleón fuera de su tienda y examinando por sí mismo si los rusos irían á comer el desatino á que él mismo los había excitado con tanta maña. Bajó, pues, al pueblecillo de Puntowitz, situado á orilla del riachuelo que corría por entre los dos ejércitos, y vió que los rusos habían apagado sus hogueras en las cuestas de Prätzen, y que un ruido harto claro como de cureñas y de caballos indicaba una marcha de izquierda á derecha, hacia los lagos, hacia el punto mismo en que él apetecía tanto que los rusos se pusieran. No es de explicar cuánta fuera su alegría al ver realizado lo mismo que él tenía previsto. Volvióse, pues, á la cuesta sobre cuya mesa había pasado la noche y desde la cual dominaba toda la extensión del campo de batalla. A caballo y en torno suyo tenía él á todos sus mariscales. El día comenzaba á clarear. Una brumazón invernal cubría á lo lejos el campo, no permitiendo ver sino las partes más prominentes del terreno, que se señalaban sobre la niebla como las islas señalan sobre un mar. Los diferentes cuerpos del ejército francés ya iban marchando y descendiendo de la posición en que los vimos por la noche, para atravesar el riachuelo que los separaba de los rusos; sólo que todos ellos se detenían en la hondonada, todos quedaban como confundidos entre el espesor de la niebla, que así se lo tenía ordenado el emperador, no queriendo enseñarles ni atacar con ellos hasta el momento oportuno.

Se oía ya en esto á la parte extrema de la línea, hacia los lagos, un tiroteo vivísimo. El movimiento de los rusos contra nuestra derecha se iba declarando, y el mariscal Davout había marchado á escape en busca de la división Friant para que de Gros-Raigern avanzara á Telnitz y apoyara al 3.º de línea y á los cazadores corsos, sobre los cuales iba á caer una porción considerable del ejército enemigo. Los mariscales Lannes, Murat y Soult, con sus correspondientes edecanes, acompañaban entonces al emperador, esperando que éste les mandase comenzar el ataque al centro y á la izquierda; pero Napoleón no hacía sino templar el ardor de esos jefes, dando tiempo á que los rusos acabaran de cumplir su enorme desacierto, de modo que no pudiesen volver á salir de las hondonadas en que se iban metiendo. Salíó por fin el sol disipando las tinieblas é inundando con sus rayos aquel vasto campo de batalla. Era el sol



de Austerlitz, aquel sol cuyo recuerdo tantas veces hecho á la generación presente, de seguro no dejarán en el olvido las generaciones venideras. Las cuevas de Prätzen iban quedando sin tropas. Los rusos, en ejecución del plan concertado, se descolgaron sobre las márgenes del Goldbach para apoderarse de las aldeas de Telnitz y Sokolnitz, situadas sobre ese mismo riachuelo; entonces fué cuando Napoleón dió la señal de atacar y sus mariscales marcharon á escape para ponerse á la cabeza de los diversos cuerpos del ejército.

Las tres columnas rusas encargadas de atacar á Telnitz y Sokolnitz estaban en movimiento desde las siete de la mañana, é iban bajo las órdenes de los generales Doctorow, Langerón y Pribyschewski, siendo jefe superior de todas ellas el general Buxhoevden, militar mediano é indolente, lleno de vanidad por verse en un puesto debido á su enlace con una palaciega, y con intervención tan corta en el mando de la izquierda del ejército ruso como el general en jefe Kutusof en el de todo el ejército. Caminaba hecho un señor con la columna del general Doctorow, formando parte extrema de la lidea rusa y siendo la primera que debía comenzar el ataque. Ni caso hacía de las otras columnas, y menos del concierto con que debían cumplirse sus diversas evoluciones, cosa que nos era sumamente favorable, porque si obraran aquellas columnas con la debida unidad, acometiendo en masa contra Telnitz y Sokolnitz, como todavía no había llegado á ese punto la división Friant, habrían ganado sobre nuestra derecha mucho más campo del que convenía dejarles.

La columna de Doctorow había pasado la noche como las otras dos sobre la cuesta de Prätzen. Al pie de esa cuesta, en la hoyada que la separaba de nuestra derecha, se encuentra un pueblecillo con nombre de Augezd, y estaba ocupado por una vanguardia de unos cinco batallones y catorce escuadrones austriacos mandados por el general Kienmayer. El cargo de esa vanguardia era despejar la llanura existente entre Augezd y Telnitz, mientras que la columna de Doctorow descendiese de Prätzen. Los austriacos, ansiosos de hacer ver á los rusos que sabían pelear tan bien como ellos, acometieron la aldea de Telnitz con mucho arresto. Importaba asaltar á la vez el riachuelo que por aquel punto formaba una multitud de ollas y un otero cubierto de viñas y de edificios, en cuyo punto teníamos nosotros el 3.º de línea y el batallón de los cazadores corsos, emboscado tras los lindazos del terreno. Estos diestros tiradores dirigían la puntería con tanta serenidad contra los húsares que les enviaron al frente, que mataron gran número de ellos, corriendo la propia suerte el regimiento de Szeckler (infantería) que en cosa de media hora perdió mucha parte de sus plazas. Aburridos los austriacos al verse empeñados en una acción tan homicida y tan estéril en resultados, con sus cinco batallones reunidos cargaron en masa contra Telnitz, mas no pudieron entrarle porque el 3.º de línea los recibió con la energía de una tropa curtida en los combates. Mientras que de esa manera tan inútil y tan desastrosa gastaba sus fuerzas la vanguardia de Kienmayer, la columna de Doctorow, que llevaba veinticuatro batallones, bajo el mando del general Buxhoevden, se arrimó al lugar de la escena, donde se le estaba esperando ya hacía más de una hora, y se puso á ayudar á los austriacos para tomar á Telnitz, cuya

defensa no estaba ya en las fuerzas del 3.º de línea. Saltaron el río los enemigos, y Kienmayer despachó al instante sus catorce escuadrones contra la caballería ligera del general Margarón, que se hallaba en el llano del otro lado de Telnitz. Con bizarría sostuvieron los nuestros varias cargas, pero al cabo no pudieron resistir á una masa de caballería tan superior en fuerza. La división Friant, que debía venir de Gros-Raigern con el mariscal Davout, aún no había llegado, y nuestra derecha se encontró enteramente arrojada de su puesto; pero Buxhoevden, que tanto se había hecho esperar, tuvo también que aguardar á su vez la llegada de la segunda columna á las órdenes de Langerón. Un incidente muy singular había detenido á esa columna. La masa de caballería destinada á ocupar la llanada que estaba á la derecha de los rusos y á la izquierda de los franceses, entendió tan mal la orden en donde se le prescribía la ocupación de aquel punto, que fué á establecerse en el mismo Prätzen, en mitad del campo de la columna de Langerón; y como reconociera en breve su error, dirigióse incontinenti á su verdadero puesto, cortando y deteniendo largo tiempo en su tránsito á las columnas de Langerón y de Pribyschewski. Llegó por fin Langerón al frente de Sokolnitz y comenzó á atacarle. Entretanto también llegó la división Friant, que venía á paso redoblado con sus cinco regimientos de infantería y seis de dragones. El 1.º de dragones, agregado para aquel día á la división Burcier, marchó á media rienda contra Telnitz, donde los austro-rusos victoriosos comenzaban ya á atravesar el Goldbach y á rechazar de sus puestos al 3.º de línea y á la caballería ligera de Maragón. Aquel regimiento de dragones rompió á galope en cuanto avistó al enemigo, haciéndole retroceder á Telnitz todas cuantas fuerzas tenía de la parte afuera. Llegaron en esto los generales Friant y Heudelet con la primera brigada, compuesta del 108 de línea y de los tiradores del 15 de ligeros, penetrando todos en Telnitz á bayoneta calada, hasta arrojar á los austro-rusos en completo desorden de parte acá de las ollas del Goldbach y verse dueños del campo, que quedó cubierto de cadáveres y de heridos. Fué desgracia que todavía llenara la brumazón las hondonadas de aquella campiña, sobre todo la parte del Telnitz que parecía como envuelta entre una nube; porque el 26 de ligeros de la división Langrand, que corría á la defensa del 3.º de línea, alcanzando á traslucir un cuerpo de tropas á la otra parte del riachuelo y no pudiendo distinguir el color del uniforme, hizo fuego sobre el 108, tomándole por un regimiento enemigo. Ese ataque imprevisto causó cierta confusión en el 108, que se replegó corriendo temeroso de que le acorralaran; y los rusos y los austriacos, que tenían allí veintinueve batallones, aprovechando esa coyuntura, tomaron la ofensiva y rechazaron de Telnitz la brigada Heudelet, mientras que el general Langerón, cayendo con doce batallones rusos sobre Sokolnitz, situado en el Goldbach, un poco más arriba de Telnitz, había logrado invadir aquella aldea. Las dos columnas enemigas de Doctorow y Langerón comenzaron entonces á desfilar la una por Telnitz y la otra por Sokolnitz, viendo que la tercera, al mando del general Pribyschewski, había atacado y echado á los nuestros del castillo de Sokolnitz, que se halla á la parte arriba del pueblo del mismo nombre. Ante aprieto tal, el general Friant, que en esta jornada como

en otras muchas se supo conducir como un héroe, despacha al general Burcier con sus seis regimientos de dragones contra la columna de Doctorow, á tiempo que ésta comenzaba á descorrerse por las afueras de Telnitz; los rusos reciben á nuestros dragones á la bayoneta, nuestra caballería les sacude cargas atroces, les impide que extiendan su línea, y apoya á la brigada Heudelet, que está empeñada con ellos. El general Friant toma en seguida la brigada de Locht, compuesta del 48 y del 111 de línea, y se precipita sobre la columna de Langerón, que había ya pasado el pueblo de Sokolnitz; la rechaza al pueblo, la corre en las mismas calles, la arroja fuera de las cercas, y encomendando la guardia de esa aldea al 48, se revuelve con el 111, hace que la siga la brigada de Kéiter (el 33 de línea y el 15 de ligeros) con cuyas fuerzas vuela en demanda del palacio de Sokolnitz, guardado por la columna de Pribyschewski, y le toma ahuyentando á los rusos. Entretanto ya la columna de Langerón había vuelto á atacar el mismo pueblo de que aquel palacio depende, llevando casi rendido al 48, que se defendía desde las casas con admirable valentía; pero á esta nueva escena asistió con la velocidad del rayo el general Friant, que logró salvar aquel regimiento. No hay palabras con que poder pintar al arresto de ese bizarro jefe, no menos que el del ilustre mariscal Davout, corriendo ambos sin cesar de un punto al otro, por toda la línea del Goldbach tan tenazmente disputada, con siete á ocho mil combatientes; pero como el estruendo del cañón fuera atrayendo á cada instante muchos de los rezagados, servían éstos para llenar los huecos que el fuego del enemigo iba abriendo en sus filas.

Mientras que nuestra derecha sustentaba con tanto brío ese sangriento combate, el mariscal Soult había embestido en el centro la posición de la cual dependía la suerte de la batalla. En cuanto Napoleón dió la señal de ataque, las divisiones Vandamme y Saint-Hilaire comenzaron á repechar la cuesta de Prätzen en columna cerrada. La división Vandamme llevaba la izquierda y la división Saint-Hilaire la derecha del pueblecillo de Prätzen, que se halla como encajonado en una torrentera corrida hasta el riachuelo Goldbach por las inmediaciones de Puntowitz. Mientras que los franceses iban avanzando, el centro del ejército enemigo, que se componía de la infantería austriaca de Kollowrath y de la infantería rusa de Miloradovich, en todo veintisiete batallones mandados directamente por el general Kutusof y los dos emperadores, había venido á desplegarse sobre la meseta de Prätzen, para ocupar el mismo punto que habían ocupado las tres columnas de Buxhoevden, hasta después de su descenso al valle. Nuestros soldados, que continuaban repechando aquella cuesta, sin responder al terrible fuego que el enemigo les disparaba, llenaban de asombro, con su aire resuelto y denodado, á los generales rusos, que habían contado con verlos en retirada (1). Llegaron al pueblo de Prätzen y le atravesaron

(1) El príncipe Czartoryski, que estaba colocado entre los dos emperadores, hizo que Alejandro reparase la soltura, la resolución con que los franceses trepaban por la cuesta, sin responder al fue-

sin detenerse. El general Morand marcha á formarse sobre la misma meseta con el 10 de ligeros; el general Thiebault (2) le sigue con su brigada compuesta del 14 y del 36 de línea, y á su paso recibe de repente una descarga cerrada de fusilería de dos batallones rusos ocultos en la torrentera, en cuyo centro se encuentra el pueblo de Prätzen. Al ver esto el general Thiebault se para un instante, responde al enemigo con otra descarga á quemarropa, entra en Prätzen con uno de sus batallones, dispersa á los rusos, les hace varios prisioneros, y marcha otra vez corriendo para apoyar al general Morand, ya formado en batalla sobre la meseta. La brigada de Varé por su parte, que era la segunda de la división Saint-Hilaire, en cuanto acabó de pasar por la izquierda de Prätzen fué á dar frente al enemigo, mientras que Vandamme con su división, descorriéndose más á la izquierda todavía, se apostaba cerca de un pico llamado Estari-Winobradi, que domina la meseta de Prätzen, y sobre cuya cresta tenían los rusos cinco batallones y una multitud de cañones.

La infantería austriaca de Kollowrath y la infantería rusa de Miloradovich formaban en dos líneas. El mariscal Soult manda inmediatamente que avancen las divisiones Saint-Hilaire y Vandamme, mientras que Thiebault, que con su brigada formaba la derecha de la división Saint-Hilaire, hace que se carguen con bala y metralla los doce cañones de la batería que llevaba consigo, y rompe sobre la infantería enemiga puesta á su frente un fuego horroroso, pero tan vivo y tan atinado, que en breve pone en confusión y desorden á los austriacos, obligándoles á retroceder, y al cabo de pocos minutos más, á precipitarse pavorosos por la espalda de la cuesta. Vandamme acomete entonces contra el enemigo que tiene delante; su brava infantería avanza con admirable presencia de ánimo, se detiene, hace repetidas descargas homicidas, y por fin se echa contra los rusos á bayoneta calada, logrando arrojar la primera línea enemiga sobre la segunda, romperlas ambas y ahuyentarlas hasta la falda de la meseta de Prätzen, haciéndoles que abandonen su artillería. En lo que duró esa empresa, Vandamme había dejado á su izquierda el pico de Estari-Winobradi, defendido por varios batallones rusos y todo él erizado de artillería; pues á la toma de este punto se resolvió aquel jefe, haciendo que el general Schiner le cercara con el 24 de ligeros, mientras que él en persona se puso á repecharle con el 4.º de línea: no obstante el terrible fuego que se le disparaba, llegó á cobrar la cima, sobre la cual arrolló á los rusos, quitándoles todos sus cañones.

Por manera que en menos de una hora se habían hecho dueños de la meseta de Prätzen las dos divisiones del cuerpo mandado por Soult, é iban persiguiendo á los rusos y á los austriacos, arrojados con el mayor desorden por la falda de la meseta que se inclina hacia el palacio de Austerlitz.

En vano se esforzaban los emperadores de Austria y de Rusia, testigos ambos de esa acción tan rápida, para detener el desorden de sus soldados. En medio de con-

go ruso; cosa que causó una profunda impresión en aquel soberano, perdiendo ya la confianza que hasta entonces había conservado y dejándose subyugar de un negro presentimiento, que en todo aquel día no volvió á abandonarle. (N. del A.)

(2) Ha muerto muy poco tiempo hace. (N. del A.)



fusión tanta, nadie ó muy pocos eran los que respetaban su voz, y Alejandro pudo convencerse de que la presencia de un soberano en tales funciones no vale ni con mucho la de un buen general. Miloradowich, siempre tan gallardo en la guerra, corría á caballo aquel campo de batalla escarbado en todas sus partes por el plomo del cañón, tratando de recobrar los fugitivos. Kutusof, por su parte, que ya llevaba un balazo en la mejilla, veía perfectamente la catástrofe que él tenía de antemano prevista, aunque le faltara la entereza necesaria para haberla evitado; pero mandó con toda diligencia que viniera á unírsele la guardia imperial rusa que había vivaqueado aquella noche delante de Austerlitz, á fin de ponerla en vanguardia de su centro ya roto, y tratar de reponerle á espaldas de aquellas tropas. Si ese jefe del ejército austriaco, cuyo mérito estaba en una gran dosis de arteria descubierta con otra no menos grande de indolencia; si ese jefe, decimos, hubiese sido capaz de resoluciones enérgicas y acertadas, aquel era justamente el caso de avanzar hacia su izquierda, empeñada entonces con nuestra derecha, sacar de las hondonadas en que estaban como hundidas las tres columnas de Buxhoewden, llevárselas á la meseta de Pratzen, y con cincuenta mil hombres reunidos así, acometer un esfuerzo decisivo para recobrar una posición sin la cual iba su ejército á verse cortado en dos. Demos que sus esfuerzos hubiesen sido inútiles, por lo menos es innegable que habría podido replegarse ordenadamente hacia Austerlitz por camino seguro, sin necesidad de dejar su izquierda respaldada á orillas de un abismo. Contentóse, sin embargo, con atender á remediar el mal que tenía á la vista recogiendo su centro tras la guardia imperial rusa, compuesta de nueve á diez mil hombres, mientras que Napoleón, por el contrario, siempre atento á la meseta de Pratzen, llevaba en apoyo del mariscal Soult, ya victorioso, el cuerpo de Bernadotte, la guardia y los granaderos de Oudinot, es decir, veinticinco mil hombres de los más escogidos.

En tanto que nuestra derecha así disputaba á los rusos la línea de Goldbach, y que nuestro centro les arrebató la cuesta de Pratzen, Lannes y Murat estaban sustentando el combate con el príncipe Bagración y con toda la caballería de los austro-rusos.

Lannes, que con las divisiones de Suchet y Cafarelli tenía cogidas las dos alas de la carretera de Olmutz, había de avanzar directamente á su frente. A la izquierda del camino, en el sitio mismo en que se alzaba el *Santon*, era el terreno sumamente desigual, ora montuoso, ora cortado por torrentes profundísimos, y más cuanto más se iba acercando á las montañas de Moravia, cubiertas de bosque. Tal era el punto que ocupaba la división Suchet. La derecha, cuyo suelo no ofrecía semejantes embarazos, pues se descorría hasta la meseta de Pratzen sin más que enseñar algunos repechos muy poco pendientes, la ocupaba Cafarelli apoyado por la caballería de Murat contra el grueso de la caballería austro-rusa.

Se contaba por esta parte con una batalla semejante á la de Egipto, como que se desplegaban en dos líneas ochenta y dos escuadrones rusos, mandados por el príncipe Juan de Lichtenstein. Suchet y Cafarelli respondieron á ese orden presentando varios batallones desplegados, y detrás de los intervalos que esos batallones

dejaban, otros formados en columna cerrada para apoyar y flanquear á los primeros. La artillería se había distribuido por el frente de las dos divisiones, y la caballería ligera del general Kéllermann, no menos que las divisiones de dragones, estaban tendidas á la derecha en el llano ocupando la reserva, y detrás la caballería de Nansouty y de Hautpoul.

Esa tan imponente perspectiva se ofrecía entonces, cuando Lannes oyendo el primer cañonazo disparado en Pratzen, rompió su marcha á paso regular por medio de aquella llanada, dorada toda ella de un magnífico sol de invierno, atravesándola con el mismo desembarazo que si fuera el campo de un simulacro.

El príncipe Juan de Lichtenstein, que se hizo esperar demasiado á causa de la equivocación que puso á la caballería austro-rusa en la necesidad de correr inútilmente el campo de batalla de derecha á izquierda, había dejado desalojado un espacio entre el centro y la derecha del ejército combinado, y tuvo que ocuparle durante su ausencia la guardia imperial de Alejandro. Vuelto por fin al puesto, y habiendo advertido el movimiento de Lannes, despachó inmediatamente los uhlanos del gran duque Constantino contra la división Cafarelli, delante de la cual se hallaba la brigada de caballería del general Kéllermann. Este jefe, uno de los más entendidos del arma de caballería, presumiendo que el primer impulso de aquellos intrépidos escuadrones le había de rechazar sobre la línea de la infantería francesa, causándole acaso un desconcierto sensible, si se empeñara en recibir inmóvil aquella tan tremenda carga, replegó corriendo su gente haciéndola pasar por los claros quedados entre los batallones de Cafarelli, y llevándosela á formar á la parte izquierda, para cargar á su vez al enemigo en viendo una ocasión propicia. Los *uhlanos* (1) que venían á todo escape, cuando quieren detenerse se encuentran al frente, no ya de nuestra caballería ligera, sino con una línea de infantería impenetrable, y que sin estar formada en cuadro los recibe con horrorosas descargas, tendiendo á sus pies cuatrocientos rusos, entre los cuales se cuenta el general Esen, herido mortalmente. Se despliega el enemigo á derecha é izquierda confuso y desordenado; Kéllermann, que tiene ya en regla sus escuadrones sobre la izquierda de Cafarelli, ve el momento oportuno, se precipita sobre los uhlanos y acuchilla un gran número de ellos; pero otros corren á defenderlos, despachados al instante por el príncipe Juan, y contra los cuales marchan también nuestras divisiones de dragones, empeñándose entonces una lid tan espantosa que durante cinco minutos no se ve sino sangre y horror. Al fin se desvanece por decirlo así aquella nube de soldados de á caballo, volviéndose cada cual á su línea de batalla y dejando el suelo cubierto de cadáveres rusos ó austriacos en su mayor parte. Entonces nuestras dos masas de peones avanzan resuelta y denodadamente á ocupar el terreno que la caballería acababa de abandonar; opónenles los rusos cuarenta cañones cuyo estruendo hacía retremblar el firmamento; la primera descarga arranca con toda la banda de tambores del primer regimiento de Cafarelli; nuestra artillería comienza á responder con violencia á la rusa, y en medio de ese combate á cañonazos una

(1) Soldados de á caballo entre los rusos. (N. del T.)

bala rompe un muslo al general Valhubert, quien al ver que unos cuantos soldados se acercan para apartarle de aquel lugar, exclama: «¡Firme cada cual en su lugar, que para morir no he de menester el socorro de nadie, ni conviene que por salvar la vida de un hombre se pierda la de seis!..» En seguida se dirigieron nuestras tropas contra el pueblo de Blaziwitz, situado á la derecha de la llanada, sobre el nacimiento mismo de la cuesta de Pratzen, pueblo que, como todos los de aquel país, está hundido en una barranca y que no se alcanzaba á ver sino por las llamas que le iban consumiendo. Un destacamento de la guardia imperial rusa le había estado ocupando aquella mañana esperando el regreso de la caballería del príncipe Lichtenstein, y Lannes ordenó que el 10 de ligeros pasara á ocupar aquel punto. El coronel Castex, comandante de ese regimiento, se adelanta con el primer batallón en columna de ataque, y al llegar á las cercas una bala le salta la tapa de los sesos; el batallón jura entonces vengar la muerte de su coronel, acomete á bayoneta calada, entra en Blaziwitz y quita al enemigo algunos centenares de prisioneros que son inmediatamente despachados á nuestra retaguardia.

A la otra ala del cuerpo de Lannes, los rusos mandados por el príncipe Bagración tratan de ganar el pico que nuestros soldados llamaban el *Santon*. Se habían descolgado al vallecito que forma la falda de aquella cuesta, en el cual tomaron el pueblo de Bosentiz, desde donde respondían infructuosamente con su artillería á la que con los nuestros guarnecía el pico, mas sin osar descubrirse al fuego de fusilería del 47 de línea, colocado en posición que no era fácil de acometer.

Bagración tenía puesto el resto de su infantería sobre la carretera de Olmutz, al frente de la división Suchet. Obligado á replegarse, fué cumpliéndolo pausadamente delante del cuerpo de Lannes, que le seguía paso á paso también, pero con un concierto imponente y ganando cada vez más terreno.

Dueño ya de Blaziwitz, Lannes hace que se tomen igualmente las aldeas de Holubitz y Kruch, situadas en el mismo camino de Olmutz, y logra con eso alcanzar á la infantería de Bagración. Rompe entonces la línea formada por sus dos divisiones, haciendo que la de Suchet marche oblicuando á la izquierda y la de Cafarelli oblicuando á la derecha; movimiento divergente que separa la infantería de Bagración de la caballería del príncipe Juan, arrojándose la primera á la izquierda de la carretera de Olmutz y la segunda á la derecha, hacia el descenso de la meseta de Pratzen.

En tal extremo ya no piensa aquella caballería sino en acometer el último esfuerzo, y se descuelga toda ella contra la división Cafarelli, que la recibe con su serenidad habitual y la detiene en medio de un fuego de fusilería perfectamente dirigido. Los numerosos escuadrones de Lichtenstein, dispersos desde luego, pero al instante rehechos por sus oficiales, vuelven á la carga contra nuestros batallones; Lannes ordena entonces que salgan al trote los coraceros de los generales de Hautpoul y de Nansouty, los cuales iban con la infantería de Cafarelli, y comienzan á desfilar por detrás de sus filas, fórmanse á su derecha, se despliegan y arrancan á galope contra los rusos. Hasta la misma tierra retiembla en lo que dura la carrera de esos cuatro mil

caballos cargados de hierro, que con el sable desenvainado caen sobre la masa reformada de los escuadrones austro-rusos, los arrollan, los dispersan y los obligan á retirarse hacia Austerlitz para no volver á presentarse en el campo de batalla.

Y mientras eso pasaba, también la división Suchet estaba ya empeñada con la infantería del príncipe Bagración, sustentando contra los rusos ese tiroteo tan medido y tan certero, que nuestras tropas, no menos diestras que aguerridas, ejecutaban con tanta exactitud. Acometiéronles, en fin, á la bayoneta, y los enemigos que no pudieron resistir el ímpetu de nuestros batallones, se iban retirando, pero sin desbandarse, sin rendirse y siempre formando una masa confusa, erizada de bayonetas, que era preciso ir rechazando, ya que no se veía la posibilidad de vencerla. Como Lannes se hubiese desembarazado de los ochenta y dos escuadrones del príncipe Juan, al instante pasó la caballería de Hautpoul de la derecha á la izquierda del llano, despachándola contra los rusos, para hacer que se pronunciaran en retirada; y los coraceros, con diferentes cargas cumplidas en distintos puntos sobre aquellos peones tan tenaces que no querían retirarse sino en crecidos grupos, lograron rendir á algunos miles de ellos.

De suerte que á nuestra izquierda, Lannes acababa de decidir por sí solo una verdadera batalla, tomando al enemigo cuatro mil prisioneros y haciéndole dejar en el campo otros dos mil más entre muertos y heridos, unos rusos, otros austriacos.

Pero de nuevo ha comenzado la lid sobre la meseta de Pratzen, entre el centro de los enemigos, el cuerpo de Soult y la reserva que el mismo Napoleón en persona va mandando. El general Kutusof, en lugar de pensar, como ya se dijo, en traerse las tres columnas de Doctorow, Langerón y Pribyschewski, empeñadas en la hondonada, á nada más atendió que á rehacer su centro tras la guardia imperial rusa. La brigada de Kamenski, del cuerpo de Langerón, fué la única que reparando el tiroteo tan sostenido que á su espalda oía, se detuvo, y al cabo de un rato retrocedió espontáneamente trepando por la cuesta de Pratzen. El mismo Langerón vino á ponerse á la cabeza de esa brigada, dejando en Sokolnitz el resto de su columna.

Para esta nueva acción iban contra los franceses la brigada de Kamenski, la infantería de Kollowrath y de Miloradowich, con más la guardia imperial rusa. La brigada Thiebault, que ocupaba la extremidad de la derecha del cuerpo mandado por Soult, y que la aldea de Pratzen tenía separada de la brigada Varé, se hallaba como escuadrada por el fuego enemigo, pues que veía á su frente la línea reformada de los austriacos, y revuelta sobre su derecha gran parte de las tropas de Langerón. Aquella brigada, compuesta del 10 de ligeros, del 14 y del 36 de línea, estaba por lo mismo expuesta á un cruel cuarto de hora. Mientras que iba desplegándose y formándose ella misma en escuadra para hacer frente al enemigo, el ayudante Labadía del 36, llegando á recelar que su batallón iba á ser desordenado en su evolución por el fuego de fusilería y la metralla que el enemigo se disponía á descargarle á distancia de treinta pasos, echó mano de su bandera, y plantándose él mismo con ella por mira, exclamó: «¡Soldados, he aquí vuestra línea de batalla!..» Entonces el batallón